

## Cambio climático, sindicatos y la agenda unificada de la izquierda

NAOMI KLEIN

# Superar la ‘sobrecarga’: cambio climático, sindicatos y la agenda unificada de la izquierda

NAOMI KLEIN

Ser grandes .....	3
Los movimientos se necesitan unos a otros .....	5
Necesitamos nuestro propio proyecto .....	6
La idea única de Harper .....	7
Extractivismo .....	7
Cambio climático: no miremos para otro lado .....	8
El cambio climático ya está sucediendo .....	10
El cambio climático es el núcleo de todo lo que exigimos .....	10
Activismo climático = agenda de la izquierda .....	11
Cómo costearlo .....	13
Comercio .....	15
Naciones originarias de Canadá .....	17
Sobrecarga .....	18

Este texto ha sido publicado originalmente en inglés en la página web  
[www.commondreams.org](http://www.commondreams.org)



**Documentos 26**  
Noviembre de 2013  
[www.mrafundazioa.org](http://www.mrafundazioa.org)  
[@mrafundazioa](https://twitter.com/mrafundazioa)

---

## Superar la ‘sobrecarga’: cambio climático, sindicatos y la agenda unificada de la izquierda

Naomi Klein

Es un honor para mí poder compartir con ustedes este día tan importante. La energía que se percibe en esta sala –y la esperanza suscitada por la creación de este nuevo sindicato– son contagiosas.

Esto podría ser el comienzo del contraataque que todos estábamos esperando, el que echará a Harper del poder y se lo devolverá a las y los trabajadores de Canadá.

De modo que bienvenido al mundo UNIFOR\*.

Una gran parte de los medios se ha hecho eco del gran tamaño de UNIFOR, el mayor sindicato del sector privado de Canadá. Y cuando uno se enfrenta a tantos ataques como los trabajadores de este país, ser grande puede resultar muy útil. Pero ser grande no implica ser victorioso.

La victoria vendrá cuando esta plataforma gigante que acaban ustedes de crear se convierta en un lugar donde concebir planes y sueños ambiciosos, donde plantear importantes reivindicaciones y llevar a cabo grandes acciones. El tipo de acciones que avivará la imaginación del público y transformará su concepto de lo que se puede conseguir.

### Ser grandes

Y sobre «ser grande» quiero hablarles hoy. Algunos de ustedes conocerán un libro que escribí llamado “La doctrina del shock”. En él sostengo que, en los últimos 35 años, los intereses corporativos se han dedicado a utili-

\* UNIFOR es un nuevo sindicato creado por la fusión de los trabajadores canadienses del automóvil y del sindicato de trabajadores canadienses de la energía y el papel. La escritora y periodista Naomi Klein habló en Toronto el 1 de septiembre de 2013 durante la convención para la fundación de UNIFOR.

zar sistemáticamente diversas formas de crisis generalizadas: colapsos económicos, desastres naturales, guerras... para implantar políticas que favorecen a una pequeña élite, acabando de paso con las regulaciones, recortando el gasto social e imponiendo privatizaciones a gran escala.

Como sostienen Jim Stanford y Fred Wilson en el artículo que detalla los objetivos de UNIFOR, los ataques a los que se enfrentan en este momento las y los trabajadores de Canadá y de todo el mundo son un caso típico de la doctrina del shock.

Contamos con abundantes ejemplos, como los recortes generalizados de los salarios y despidos de funcionarios y funcionarias en Grecia o los ataques a los fondos de pensiones en Detroit en el marco de una quiebra orquestada o la culpabilización de los sindicatos por parte del gobierno de Harper por sus propios fracasos políticos en el mismo Canadá.

No quiero perder el tiempo tratando de demostrar ante ustedes que esta fea táctica de explotar el miedo público en beneficio privado goza de muy buena salud. Ustedes ya lo saben porque la están sufriendo. De lo que quiero hablar es de cómo podemos luchar contra ella.

Y seré sincera: cuando escribí aquel libro pensaba que para acabar con esa táctica bastaría simplemente con comprender cómo funcionaba y con movilizarse para hacerla frente. Incluso teníamos un lema: «Information is shock resistance. Arm yourself» (“la información es la mejor arma contra el shock: infórmese”).



---

Pero debo admitir que estaba equivocada. Limitarse a saber lo que está ocurriendo, rechazar simplemente lo que nos cuentan y decir a políticos y banqueros: «No, ustedes han creado la crisis, no nosotros» o «No, no es verdad que estemos arruinados; ustedes están acumulando todo el dinero», puede ser cierto, pero no es suficiente.

Tampoco basta con movilizar a millones de personas en las calles para gritar que «nosotros no pagaremos su crisis». Debemos admitir que hemos visto movilizaciones masivas contra la austeridad en Grecia, España, Italia, Francia, y Gran Bretaña. Hemos ocupado Wall Street y Bay Street y muchas otras calles. Y sin embargo nos siguen atacando.

Algunos de los nuevos movimientos que han surgido en los últimos años continúan teniendo poder, pero muchos otros aparecen, despiertan grandes esperanzas y luego desaparecen o se apagan. La razón es sencilla. Estamos tratando de organizarnos entre los escombros de una guerra de treinta años organizada contra la esfera colectiva y los derechos de las y los trabajadores. La juventud de las calles son los niños y niñas de esa guerra.

Y la guerra ha sido tan completa y ha tenido tanto éxito, que con mucha frecuencia esos movimientos sociales no tienen dónde sustentarse. Para reunirse tienen que ocupar un parque o una plaza. O logran construir una base con poder en sus escuelas, pero es de naturaleza tan pasajera que termina por dispersarse en pocos años.

Esa transitoriedad hace que esos movimientos sean muy fáciles de erradicar. Basta con esperar a que desaparezcan o con aplicar la fuerza bruta del estado, que es lo que ha sucedido en demasiados casos.

Y esta es una de las muchas razones por las que la creación de UNIFOR, y su promesa de revivir la unión de los movimientos sociales mediante la construcción no sólo de un gran sindicato sino de una vasta y potente red de movimientos sociales, hayan suscitado tanta esperanza.

### **Los movimientos se necesitan unos a otros**

Porque nuestros movimientos se necesitan unos a otros. Los nuevos movimientos sociales aportan muchas cosas: capacidad de movilizar enormes cantidades de personas, diversidad auténtica, voluntad de asumir grandes riesgos, así como nuevos métodos de organización, incluyendo el compromiso con la democracia profunda.

Pero estos movimientos también les necesitan a ustedes; necesitan su fuerza institucional, su historia radical, y quizá, sobre todo, su capacidad de actuar como un ancla para que no sigamos flotando a la deriva. Les necesitamos a ustedes para que sean nuestra dirección permanente, nuestra base, para que la próxima vez sea imposible erradicarnos.

También necesitamos su capacidad de organización. Necesitamos imaginar juntos cómo construir nuevas estructuras colectivas sólidas entre los escombros del neoliberalismo. Su innovadora idea de crear «community chapters» es un comienzo fabuloso.

También conviene recordar que no están empezando de cero. Un notable grupo de personas se reunió hace menos de un año en la Asamblea de Port Elgin y estableció lo que denominaron la agenda «Making Waves» (haciendo ruido).

El mensaje más importante que debe salir de ese proceso es que nuestras coaliciones no pueden limitarse a acuerdos verticalistas entre líderes; el cambio debe producirse de abajo hacia arriba y con el pleno compromiso de todos los miembros.

Y eso exige invertir en educación. Educación sobre las razones ideológicas y estructurales que nos han hecho llegar adonde nos encontramos ahora. Si vamos a construir un mundo nuevo, nuestros cimientos deben ser sólidos.

También exige salir a la calle y hablar con la gente cara a cara. No sólo con el público, no sólo con los medios, sino con sus propios afiliados para infundirles nuevas fuerzas a través del planteamiento que compartimos. Y una cosa más. Hay otra razón por la que no podemos conseguir grandes victorias contra la Doctrina del Shock.

### **Necesitamos nuestro propio proyecto**

Aunque exista una resistencia masiva contra la agenda de la austeridad y aunque comprendamos cómo hemos llegado a esta situación, hay algo que nos está impidiendo a todos, de manera colectiva, rechazar la agenda neoliberal. Y ya creo saber qué es: no la rechazamos, porque no nos creemos del todo que se pueda construir otra cosa en su lugar. La desregulación, la privatización y los recortes son todo lo que conocen mi generación y la siguiente.

---

---

Tenemos poca experiencia creando o soñando cosas nuevas. Y tenemos mucha defendiéndonos. Y en mi opinión esta es la clave para luchar contra la Doctrina del Shock.

No podemos limitarnos a rechazar el relato dominante sobre cómo funciona el mundo. Necesitamos nuestro propio relato sobre cómo podrían ser las cosas.

No podemos limitarnos a rechazar sus mentiras. Necesitamos verdades tan poderosas que sus mentiras se disuelvan al contacto con ellas. No podemos limitarnos a rechazar su proyecto. Necesitamos nuestro propio proyecto.

Conocemos el proyecto de Stephen Harper. Sólo tiene una idea sobre cómo hacer funcionar nuestra economía.

### **La idea única de Harper**

Cavar montones de zanjas, tender montones de gaseoductos. Poner el producto que sale de las tuberías en barcos –o camiones, o vagones de tren– y llevarlo a lugares donde será refinado y quemado. Repetir el proceso pero con más rapidez. Antes de que alguien se dé cuenta de que es su única idea, la que le ha permitido mantener la ilusión de que es una especie de gestor económico responsable, mientras el resto de la economía se está hundiendo.

Por ello es tan importante para este gobierno acelerar la producción de gas y petróleo a un ritmo escandaloso y por ello ha declarado la guerra a cualquiera que se interponga en su camino ya sean los ecologistas, las Naciones Originarias u otras comunidades.

Es también la razón por la que el gobierno de Harper está dispuesto a sacrificar la base industrial de este país, declarando la guerra a las y los trabajadores y atacando sus derechos colectivos más básicos.

No se trata simplemente de extraer recursos específicos; Harper representa una versión extrema de una visión concreta del mundo a la que a veces denomino «extractivismo». Y otras, simplemente, capitalismo.

### **Extractivismo**

Es una manera de abordar el mundo basada en extraer recursos sin devolver nada a cambio. Extraer como si los recursos fueran ilimitados, como si

no hubiera límites a lo que los cuerpos de las y los trabajadores pueden extraer, como si no hubiera límites a lo que una sociedad puede consumir, a lo que el planeta puede proporcionarnos.

Para la ideología extractivista, la mano de obra –es decir, ustedes– es una mercancía más –como el betún asfáltico– de la que hay que extraer el máximo valor sin tener en cuenta los daños colaterales para la salud, las familias, el tejido social, los derechos humanos.

Cuando golpea la crisis, no hay más que una solución: extraer algo más y con más rapidez. En todos los frentes.

Ese es su relato; el relato en el que estamos atrapados. El que usan como un arma contra nosotros. Y si queremos derrotarles, necesitamos nuestro propio relato.

### **Cambio climático: no miremos para otro lado**

Así que quiero ofrecerles lo que considero el relato alternativo más potente que hemos tenido nunca contra esa lógica brutal.

Es el siguiente: nuestro actual modelo económico no sólo hace la guerra contra las y los trabajadores, las comunidades, los servicios públicos y las estructuras de seguridad social. Hace la guerra contra los sistemas que sustentan la vida del propio planeta, que hacen posible la vida sobre la tierra.

El cambio climático no se trata simplemente de un «tema» más que añadir a la lista de cosas por las que hay que preocuparse. Es un llamamiento al despertar de la civilización. Un poderoso mensaje transmitido en el lenguaje de los incendios, inundaciones, tormentas y sequías, que nos está diciendo que necesitamos un modelo económico completamente nuevo, un modelo basado en la justicia y la sostenibilidad.

Nos está diciendo que cuando cogemos algo también debemos dar, que existen límites que no se pueden sobrepasar, que el futuro de nuestra salud no está en cavar pozos cada vez más profundos sino en adentrarnos más profundamente dentro de nosotros mismos para llegar a comprender que TODOS los destinos están interconectados.

Y una última cosa. Tenemos que hacer esa transición ya. Porque las emisiones que lanzamos a la atmósfera están progresando de manera desmedida y no nos queda mucho tiempo.

Ya sé que hablar sobre cambio climático puede resultar un tanto incómodo para aquellos de ustedes que trabajan en industrias extractivas, o

---

---

en sectores de fabricación de productos de alto índice de emisiones de carbono como automóviles o aviones. También sé que a pesar de sus temores personales, no se han pasado al grupo de quienes niegan la realidad como sus colegas de Estados Unidos: sus dos sindicatos anteriores cuentan con todo tipo de políticas climáticas en su haber.

Tampoco se trata de una conversión reciente: el CEP lleva luchando valientemente por los protocolos de Kioto desde los años noventa. El CAW, por su parte, ha combatido la destrucción medioambiental permitida por los acuerdos del libre comercio incluso desde hace más tiempo. Dave Coles Ex presidente del CEP llegó a ser arrestado por protestar contra el gaseoducto Keystone XL. Fue un acto heroico.

Pero... ¿cómo decirlo de forma educada?... Creo que se puede decir que el cambio climático no ha sido nunca un tema que haya apasionado a sus afiliados.

Y me identifico con ellos: yo tampoco soy una ecologista. He dedicado mi vida a luchar por la justicia económica, dentro de nuestro país y entre países. Me he enfrentado a la Organización Mundial del Comercio no por sus efectos sobre los delfines sino por sus efectos sobre las personas y sobre nuestra democracia.

Lo que deseo exponerles es que el cambio climático –cuando se comprenden todas sus implicaciones económicas y morales– es el arma más poderosa que los progresistas han tenido jamás para luchar por la igualdad y la justicia social.

Pero lo primero de todo, tenemos que dejar de pasar de la crisis climática, como si fuera competencia única de las y los ecologistas y examinarla en profundidad. Tenemos que hacer nuestro el hecho de que la revolución industrial que hizo posible la prosperidad de nuestra sociedad está desestabilizando ahora los sistemas naturales de los que depende toda vida.

No voy a aburrirles con montones de cifras. Aunque podría recordarles que el Banco Mundial dice que vamos camino de un mundo cuatro grados más cálido. Que la Agencia Internacional de Energía –que no es exactamente un campamento de ecologistas radicales– dice que el Banco está siendo muy optimista y que en realidad vamos camino de experimentar un calentamiento de 6 grados en este siglo, con «implicaciones catastróficas para todos nosotros». Y se quedan cortos: todavía no hemos alcanzado siquiera un grado de calentamiento y miren lo que está pasando.

## **El cambio climático ya está sucediendo**

El 97% de la superficie de la placa de hielo de Groenlandia se estaba derritiendo el pasado verano y, como dice Bill McKibben, hemos cogido uno de los grandes componentes del planeta y lo hemos destruido.

Y luego están los eventos meteorológicos extremos. Cuando estaba en Fort McMurray este verano fue terrible. Todo el contenido del museo de la ciudad –literalmente su historia– flotaba en el agua debido a la gran inundación.

Mientras el centro de Calgary estaba a oscuras y la ciudad intentaba superar frenéticamente una de las peores inundaciones que he visto en mi vida, traté de hacer entrevistas en las grandes empresas petrolíferas, pero sus sedes centrales estaban totalmente vacías. Ni siquiera el partido NDP tuvo el valor de decir que así se manifiesta el cambio climático y que vamos a ver muchos más eventos similares si todas las compañías petrolíferas siguen actuando como hasta ahora.

Sabemos que esta situación climática se está volviendo cada vez más funesta. Ya no hay tiempo para excusas y decir que no es asunto nuestro.

Comprometerse con el clima no significa dejar todo lo que estamos haciendo y convertirnos en ecologistas furibundos. Ya sé que son de una enorme importancia las luchas que ustedes están manteniendo en este momento contra la austeridad, contra nuevos acuerdos de libre comercio, contra ataques a los sindicatos.

Por eso no les estoy pidiendo que dejen nada.

## **El cambio climático es el núcleo de todo lo que exigimos**

Lo que sostengo es que la amenaza climática hace que la lucha contra la austeridad sea aún más acuciante porque necesitamos servicios públicos e infraestructuras públicas para reducir las emisiones y prepararnos para futuros desastres.

Lejos de dejar de lado otras cuestiones, el cambio climático reivindica gran parte de lo que la izquierda ha estado exigiendo durante décadas.

En realidad, el cambio climático refuerza nuestras actuales exigencias y les proporciona una base científica. Nos llama a ser audaces y ambiciosos y nos recuerda que esta vez tenemos que ganar porque realmente no podemos permitirnos más derrotas. Aviva nuestra visión de un mundo mejor dotándola de urgencia existencial.

---

---

Lo que les voy a demostrar es que hacer frente a la crisis climática exige que infrinjamus cada una de las reglas del plan estratégico del libre mercado y que lo hagamos con gran urgencia.

### **Activismo climático = agenda de la izquierda**

Así que voy a exponer rápidamente lo que creo sería un auténtico plan de activismo climático. No va a consistir en esas tonterías influenciadas por el mercado que propugnan algunos de los grandes grupos ecologistas de EE UU: cambiar las bombillas, intercambio de derechos de emisión de carbono y reducción de emisiones. Esto es real, lo que de verdad explica por qué nuestras emisiones se están disparando.

Y se darán cuenta de que muchas cosas les resultan familiares. La razón es que gran parte de esta agenda ya está incorporada en los objetivos de su nuevo sindicato, por no mencionar todo aquello por lo que han estado luchando ustedes en el pasado.

En primer lugar tenemos que revivir y reinventar el espacio público. Si queremos reducir las emisiones, necesitamos metros, tranvías y sistemas ferroviarios limpios que no sólo lleguen a todas partes sino que estén al alcance de todo el mundo.

Además de esos medios de transporte necesitamos viviendas asequibles y energéticamente eficientes. Necesitamos redes eléctricas inteligentes que suministren energía renovable. Necesitamos un sistema de recogida de basuras cuya meta sea su eliminación.

No necesitamos simplemente nuevas infraestructuras. Necesitamos grandes inversiones en las viejas para hacer frente a los desastres que vendrán.

Durante décadas hemos luchado contra la constante degradación de la esfera pública. Hemos sido testigos de que esas décadas de recortes nos han dejado más vulnerables a los desastres climáticos: tormentas gigantescas arremetiendo contra diques ruinosos, fuertes lluvias transportando desechos a los lagos, incendios que se propagan con furia mientras las dotaciones de bomberos sufren recortes salariales y disminuye el número de sus componentes. Puentes y túneles tambaleándose bajo las nuevas condiciones meteorológicas.

En lugar de impedirnos luchar por una esfera pública sólida, el cambio climático nos sitúa en el mismo centro de la cuestión, aunque esta vez provistos de argumentos mucho más contundentes. No es una hipóbole

decir que el futuro depende de nuestra capacidad de hacer lo que durante tanto tiempo nos han dicho que no podemos hacer: actuar colectivamente. ¿Y quién mejor que los sindicatos para difundir ese mensaje?

La renovación de la esfera pública creará millones de nuevos y bien pagados trabajos sindicales –trabajos en campos que no aceleren el calentamiento del planeta–.

Pero no sólo los fabricantes de calderas, instaladores de gaseoductos y trabajadores de cadenas de montaje tendrán nuevos trabajos y objetivos en esta gran transición.

Grandes sectores de nuestra economía ya son poco contaminantes. Son los sectores que se enfrentan a los ataques y recortes más ofensivos y degradantes. Se trata de los trabajos en los que predominan las mujeres, los emigrantes y las personas de color.

Y están también los sectores que tenemos que expandir masivamente: cuidadores, educadores, recogedores de basuras y otros sectores de servicios. Esos mismos a los que su nuevo sindicato ha prometido organizar. Quienes trabajan en empleos que emiten poco carbono ya están ahí, exigiendo respeto y salarios dignos. Convertir empleos que producen pocas emisiones y están mal pagados en empleos bien remunerados es en sí misma una solución climática y debería ser reconocida como tal.

Creo que aquí deberíamos inspirarnos en las y los trabajadores de comida rápida de Estados Unidos y en sus históricas huelgas de la pasada semana. Nos están mostrando cómo nos podemos organizar. Quizás resulte ser el primer levantamiento de una rebelión por obtener salarios y comida de verdad. Una rebelión en la que la salud de las y los trabajadores y la salud de la sociedad están inextricablemente unidas.

Espero que haya quedado claro que no estoy preconizando una especie de programa simbólico de «empleos ecológicos» de poca monta. Estoy hablando de una revolución laboral verde. De la visión épica de sanar a nuestro país de los estragos de los últimos 30 años de neoliberalismo y sanar de paso al planeta.

Los ecologistas no pueden liderar ellos solos esa revolución. Ningún partido político está asumiendo el reto. Necesitamos que ustedes lo hagan.

---

Así que la gran pregunta es: ¿cómo vamos a costear todo eso? Estamos arruinados, ¿no es verdad? Al menos es lo que el gobierno nos está diciendo todo el tiempo.

Pero ante tamaño desafío, decir que estamos arruinados no va a solucionar las cosas. Sabemos que siempre es posible encontrar dinero para salvar a los bancos e iniciar nuevas guerras. Por lo tanto, lo que debemos hacer es ir adonde está el dinero y el dinero está en las empresas de combustibles fósiles y en los bancos que las financian. Tenemos que echar mano de algunos de sus enormes beneficios para contribuir a limpiar el desastre que han montado. Es un concepto sencillo y bien establecido por la ley: «quien contamina paga».

Sabemos que no podemos conseguir el dinero si continuamos con las extracciones. De modo que a medida que vayamos reduciendo nuestra dependencia de los combustibles fósiles, como extraeremos MENOS, tendremos que quedarnos con MÁS beneficios.

Hay muchas maneras de hacerlo. Un impuesto nacional sobre el carbono y royalties más altos son las más evidentes. Un impuesto sobre operaciones financieras sería una gran ayuda. También lo sería aumentar el impuesto de sociedades de manera generalizada.

Cuando se hacen esas cosas, cavar zanjas y tender oleoductos no aparecen como la única opción posible.

Un ejemplo. Un estudio reciente de la CCPA comparó el valor público de un gaseoducto de cinco mil millones de dólares - el Enbridge Gateway por ejemplo - y el valor de la misma cantidad de dinero invertida en desarrollo económico ecológico.

Al gastar el dinero en un gaseoducto se obtienen principalmente empleos en la construcción a corto plazo, grandes beneficios en el sector privado y grandes costes públicos por futuros daños medioambientales.

Al gastar ese dinero en transportes públicos, en reacondicionar edificios y construir sistemas de energía renovable se obtiene, como mínimo, el triple de empleos, por no mencionar un futuro más seguro. El número real de empleos podría ser mucho mayor que ése, de acuerdo con su estudio. En el supuesto más alto, la inversión verde podría crear 34 veces más empleo que la construcción de otro gaseoducto.

¿Y cómo se recaudan cinco mil millones de dólares para inversión pública? Bastaría con aplicar un impuesto nacional sobre el carbono mínimo de diez dólares la tonelada. Y cada año tendríamos otros cinco mil mil-

iones de dólares a diferencia del caso aislado de Embridge que hemos presentado.

Los ecologistas, y aquí me incluyo a mí misma, no deben limitarse a decir no a proyectos como el Northern Gateway sino que deben apoyar enérgicamente nuestras soluciones sobre cómo construir y financiar infraestructuras verdes.

Ahora bien, estas alternativas quedan muy bien sobre el papel pero en el mundo real chocan de lleno con la ideología dominante, según la cual no podemos aumentar los impuestos a las empresas, no podemos decir no a nuevas inversiones y, además, no podemos decidir qué tipo de economía queremos, pues se supone que debemos dejarla en manos de la varita mágica del mercado.

Pero ya hemos visto cómo gestiona esta crisis el sector privado. Es hora de volver sobre ella. Esta transición debe ser gestionada públicamente en su conjunto, desde las nuevas empresas estatales energéticas hasta una enorme redistribución del poder, las infraestructuras y la inversión.

Un sistema energético descentralizado, democráticamente controlado por el bien común. Esta agenda se describe cada vez más como una «democracia energética», idea que no es novedosa en el mundo sindical. Sean Sweeney del Global Labor Institute de la Universidad de Cornell está aquí hoy y muchos sindicatos excelentes –incluyendo el CEP– llevan trabajando en esa agenda desde hace años. Es hora de hacer realidad la democracia energética aquí en Canadá. «Power to the people» es un eslogan fantástico para empezar.

Como ya saben, algunos gobiernos provinciales han hecho modestos intentos para desempeñar un papel más activo en la transición verde, resistiéndose a la presión para que aumenten la energía sucia.

Pero en todos esos casos estamos empezando a presenciar algo muy inquietante. Las provincias en las que los gobiernos adoptan medidas más positivas y audaces están siendo demandadas en los tribunales.

Y ello me lleva hasta la última parte de una agenda climática auténticamente progresista.

## **Comercio**

Es hora de acabar con los llamados tratados de libre comercio de una vez y para siempre. Y asegurarnos de que no se firme ninguno nuevo.

---

---

Ustedes llevan décadas luchando contra ello, desde que el CAW desempeñó aquel papel fundamental en la batalla contra el primer tratado de libre comercio con EE UU. Han luchado contra ellos porque socavan los derechos de las y los trabajadores tanto aquí como en el extranjero, porque favorecen las prácticas abusivas y porque otorgan un poder desmesurado a las corporaciones.

Y estaban en lo cierto, más de lo que siguiera se imaginaban. Porque la globalización empresarial no sólo es en gran parte responsable del aumento descontrolado de las emisiones, sino que la lógica del libre comercio nos está impidiendo directamente que hagamos los cambios específicos que se necesitan para reducir y dar una respuesta al caos climático.

Veamos un par de ejemplos rápidos.

El plan de energía verde de Ontario está lejos de ser perfecto. Pero tiene una disposición muy pertinente llamada «compra localmente» para que los proyectos solares y eólicos de Ontario ofrezcan puestos de trabajo y beneficios económicos a las comunidades locales. Es el principio básico de una transición correcta.

Pues bien. La Organización Mundial del Comercio ha decidido que esta medida es ilegal. El CAW ya ha formado una coalición para contraatacar pero otras políticas verdes se enfrentarán a los mismos obstáculos corporativos.

He aquí otro ejemplo. Quebec prohibió el fracking, una medida valiente que ha sido asumida por dos gobiernos consecutivos. Pero una empresa perforadora estadounidense está pensando demandar a Canadá por valor de 250 millones de dólares en virtud del artículo 11 del tratado de libre comercio de América del Norte, aduciendo que la prohibición afecta a su «valioso derecho a perforar en busca de petróleo y gas bajo el río St. Lawrence».

Tendríamos que haberlo visto venir. Un agente de la OMC dijo hace ya una década que la OMC se opondrá a «casi toda medida que pretenda reducir las emisiones de gases con efecto invernadero».

En otras palabras, estos fanáticos piensan que el comercio tiene derecho sobre todo, el planeta incluido. Si alguna vez ha existido un argumento para detener esta locura, es el cambio climático.

Las líneas de batalla nunca han estado claras. El cambio climático es el argumento que debe prevalecer sobre todos los demás en la lucha contra el libre comercio corporativo. Lo que quiero decir, y lo siento por ellos, es que la salud de nuestras comunidades y del planeta es un poqui-

to más importante que su sacrosanto derecho a obtener beneficios obscenos.

Se trata de argumentos morales. Y no tenemos que esperar a que los gobiernos nos den su permiso. La próxima vez que cierren una fábrica que produce maquinaria para combustibles fósiles ya sean automóviles, tractores, o aviones– impidamos que lo hagan.

Hagamos lo que están haciendo los trabajadores, desde Argentina a Grecia pasando por Chicago: ocupar las fábricas. Convirtámoslas en cooperativas obreras verdes. Vayamos más allá de negociar una última y triste indemnización por despido. Exijamos los recursos –de empresas y gobiernos– para comenzar a crear la nueva economía desde este momento.

Ya se trate de trenes eléctricos o molinos eólicos, convirtamos esas fábricas en faros para estudiantes, activistas anti-pobreza, ecologistas, naciones originarias de Canadá. Luchando todos juntos por esa visión.

El cambio climático es una herramienta. Cójnala y utilícenla. Úsena para exigir lo que supuestamente es imposible.

No se trata de una amenaza para sus puestos de trabajo. Es la llave para liberarnos de una lógica que ya está haciendo la guerra al concepto de trabajo digno.

Todo lo que necesitamos es poder político para hacer realidad esta visión. Y ese poder puede ser construido sobre la urgencia y la ciencia de la crisis climática.

Podremos transformar el discurso si creemos profundamente que esos cambios son lo que se requiere para evitar un desastre ecológico.

Escaparemos de las garras de la economía del libre mercado –donde se nos dice constantemente que pidamos menos y esperemos menos– y nos encontraremos a nosotros mismos conversando sobre moralidad –sobre qué tipo de personas queremos ser, sobre qué tipo de mundo queremos para nosotros/as y para nuestros hijos/as–.

Si establecemos los términos de esa conversación, pondremos a Stephen Harper contra las cuerdas.

Y por último, le haremos responsable de la ideología letal a la que sirve, esa ideología tras la que ha estado ocultando esa máscara suya insulsa y aburrida.

Así es como cambiará el equilibrio de fuerzas de este país.

Si UNIFOR se convierte en la voz de un modelo económico audazmente diferente, que ofrezca soluciones a los ataques sufridos por las y los trabajadores, las y los pobres y el propio planeta, podrá dejar de preo-

---

---

cuparse por su relevancia a largo plazo ya que se encontrará en primera línea en la lucha por el futuro y todos los demás –incluidos los partidos de la oposición– tendrán que seguirle para no quedarse atrás.

### **Naciones originarias de Canadá**

Un elemento clave de este cambio es que hará más profunda su alianza con las naciones originarias de Canadá, cuyo derecho a la tierra y los recursos –garantizado por la constitución– es el mayor obstáculo legal al proyecto de Harper de un Canadá convertido en una máquina de extracción y exportación, una zona sacrificial que abarca todo un país.

Como dice mi amigo Clayton Thomas Mueller, ¿te imaginas si las y los trabajadores y las Naciones Originarias unieran sus fuerzas de verdad en una coalición seria –los propietarios legales de la tierra, codo con codo con las personas que trabajan en las minas y gaseoductos– unidos para exigir otro modelo económico?

Las personas y la propia tierra por un lado, el capitalismo depredador por otro. Los conservadores de Harper no se imaginan lo que les viene encima.

Pero esto es algo más que una alianza estratégica. Mientras contamos nuestra propia historia de un Canadá diferente que haga frente a la de Harper, basada en la extracción interminable, tendremos que aprender de la visión del mundo de los pueblos indígenas. Según ella, no podemos limitarnos a coger, sino que también hay que cuidar y devolver algo de lo que se cosecha. Los planes a cinco años son infantiles; los adultos piensan en siete generaciones. Necesitamos una visión del mundo que nos recuerde que siempre hay consecuencias imprevistas porque todo está conectado.

Porque construir el tipo de coaliciones profundas que necesitamos comienza por identificar los hilos que conectan todas nuestras luchas. Y por supuesto reconocer que todas son la MISMA lucha.

Quiero despedirme con una palabra que nos puede ayudar. Sobrecarga.

## Sobrecarga

Cuando a principios de este verano me encontraba en las arenas asfálticas, pensé a menudo en ello. Sobrecarga es la palabra utilizada por las compañías mineras para describir «la tierra de desecho que cubre un depósito mineral». Las compañías mineras tienen una extraña definición de desecho; incluye bosques, suelo fértil, rocas, arcilla... prácticamente cualquier cosa que se interponga entre ellos y el oro, el cobre o el betún asfáltico que estén buscando.

Sobrecarga es la vida que se interpone al dinero. La vida tratada como basura.

Mientras recorríamos los montones de tierra masticada depositados junto a la carretera, pensé que no era simplemente el denso y bello bosque boreal lo que era una «sobrecarga» para estas empresas.

Todos somos una sobrecarga. No hay duda de que es así como nos ve el gobierno de Harper.

- Los sindicatos son una sobrecarga dado que los derechos que han conquistado son un obstáculo para una codicia insaciable.
- Los ecologistas son una sobrecarga, porque siempre están dando la tabarra con el cambio climático y los vertidos de petróleo.
- Los pueblos indígenas son una sobrecarga, porque sus derechos y demandas legales se interponen en su camino.
- Los científicos son una sobrecarga, porque sus investigaciones demuestran lo que les he estado diciendo.
- La propia democracia es una sobrecarga para nuestro gobierno –ya sea el derecho de los ciudadanos a participar en una audiencia de evaluación ambiental o el derecho del parlamento a reunirse y debatir el futuro del país.

Este es el mundo que ha creado el capitalismo desregulado, un mundo en el que todos/as y todo puede ser descartado, masticado y arrojado a la basura.

Pero «sobrecarga» tiene otro significado. También significa sencillamente «llevar una carga demasiado pesada»; llevar al límite a algo o a alguien.

Y es también una buena descripción de lo que estamos viviendo.

Nuestra ruinosa infraestructura está sobrecargada de nuevas exigencias y de antiguo abandono. Nuestros y nuestras trabajadoras están sobrecargados por los patrones que tratan sus cuerpos como máquinas. Nuestras calles y refugios están sobrecargados por aquellos cuyo trabajo

---

---

se ha considerado desechable. La atmósfera está sobrecargada de los gases que le arrojamos.

Y es en este contexto donde escuchamos gritos de «¡basta!» procedentes de todos los rincones. Hasta aquí hemos llegado.

Los escuchamos del trabajador y de la trabajadora de comida rápida de Milwaukee, que fue a la huelga esta semana enarbolando una pancarta que decía «yo valgo más» y contribuyó a iniciar un debate nacional sobre la desigualdad.

Lo escuchamos de los estudiantes de Quebec el pasado varano, que dijeron «No» a una subida de las tasas universitarias y terminaron derribando un gobierno y difundiendo un debate nacional sobre el derecho a la educación gratuita.

Lo escuchamos de las cuatro mujeres que dijeron «No» a los ataques de Harper a las medidas de protección medioambiental y los derechos de los indígenas, y prometieron «to be Idle No More» (no ser nunca más inactivos), y terminaron con un alzamiento a favor de los derechos indígenas en todo Norteamérica.

Y escuchamos decir «basta» al propio planeta que contraataca de la única forma que puede. La vida se reafirma en todas partes insistiendo en que no es una sobrecarga.

Estamos empezando a darnos cuenta de que no solo ya hemos tenido suficiente sino de que hay suficiente.

Citando a Evo Morales, hay suficiente para que todos vivamos bien. Pero no para que solo algunos vivan cada vez mejor.

Y para terminar quisiera leer un extracto del artículo 2 de sus nuevos estatutos. Palabras que muchos de nosotros esperábamos desde hace tiempo. Palabras que tal vez ya han escuchado hoy pero que merece la pena repetir. Son estas...

«Nuestra meta es la transformación. Primar el interés común sobre el interés privado. Nuestra meta es cambiar nuestros lugares de trabajo y nuestro mundo. Ante nosotros se abre un futuro fascinante. Se trata en esencia de cambiar la economía a través de la igualdad y la justicia social, restablecer y reforzar la democracia y lograr un futuro medioambientalmente sostenible.

Esta es la base del sindicalismo social, una cultura sindical progresista y sólida y el compromiso de trabajar en una causa común con otros progresistas de Canadá y del mundo entero».

Hermanos y hermanas, solo añadiré esto: no lo digas si no crees en ello.

Porque necesitamos de verdad creer en ello.